

solitarios contemplativos, sino de luchadores activos.

Te creen un egotista y te acusan de serlo porque con frecuencia te refieres á tí mismo—ahora lo estás haciendo en este soliloquio—y hablas de tí, pero es que ese tú de escritor es algo que es de todos, es que estás en medio de la calle recibiendo las voces de todos y devolviéndolas. Serías no un egotista, sino un egoista miserable, si te encerraras en la torre de marfil, lejos de tus prójimos, á labrar allí día tras día un joyel cualquiera de filigrana. Tú trabajas al aire libre, bajo las miradas de todos y soplando de vez en cuando sobre la pieza de tú labor para limpiar de ella el polvo de la refriega.

Y basta, no hablemos más uno con otro, tu yo íntimo y oculto y el público y manifiesto. ¿Son realmente dos? ¿Eres algo más que un escritor? O mejor, lo que en tí no es el publicista, ¿qué vale?



## DIVAGACIONES DE ESTÍO

**M**EDIADOS de Julio. Hace un calor penosamente soportable. Me parece que este sol es ese que llaman sol de justicia, no sé bien por qué. Verdad es que tampoco sé por qué llaman á tantas cosas como las llaman. Bien, ¿y esto qué importa?

El calor dilata los cuerpos. Esto es un hecho y no una teoría científica y como es un hecho, no cabe ejercitar sobre él la paradoja. ¿Y qué es esto de la paradoja? Una palabra que han inventado los tontos para llamar con ella á todo aquello que oyen por primera vez. Para Adán todo sería paradoja. O más bien no lo sería nada.

Y eso que los tontos llaman paradoja, ¿no cabe acaso ejercitarla sobre los hechos? Dice Meredith—y hago esta cita para que sigan algunos diciendo que soy un hombre que vivo entre libros, un espíritu libresco, cerebral, etc., etcétera—dice Meredith que el dolor no es un misterio sino un simple hecho, y, sin embargo,

el dolor es la principal fuente de lo que llaman paradojas los tontos, á los cuales, aunque chillen no les duele nunca nada de veras. Pero, ¿es que un hecho no es por lo mismo de serlo, un misterio? ¿Y es que todo misterio no es hecho?

Reanudemos el hilo de estas divagaciones. (He aquí una frase que no viene sino á dar un cierto aspecto lógico á este escrito, siendo así que no lo necesita). El calor dilata los cuerpos. Pero, ¿no dilata también las almas? Acaso. Y no pasemos de este prudente «acaso».

Por mi parte, me encuentro con el alma—ó lo que en mí haga sus veces—no ya dilatada, sino más bien desgranada, desvencijada; es decir, con sus vencejos ó ligaduras todos sueltos. Me cuesta trabajo recojerla en un haz. Se me escapa por todas partes. Y acaso merced á esto se me aparece otro yo, el más primitivo, el que está por debajo del alma. (Esto del yo que está por debajo del alma es una ingeniosidad que á unos ingenuos les puede parecer paradoja y á otros una expresión casi genial. Y la verdad es que de ordinario no tenemos noción de la profundidad toda de cuanto se nos ocurre).

Ayer, después de haber pasado una noche interminable de insomnio, de malestar y de jaqueca, yo, que aborrezco la siesta, me eché sobre la cama después de comer. Y empezó á desfilar ante mí mi propia obra.

¡Qué ridícula y qué afanosa me pareció toda ella! ¡Si supieran todos esos caballeros que de cuando en cuando se meten conmigo que yo mismo me he dicho y me digo cosas mucho más duras que cuantas ellos puedan decirme!...

Dando vueltas en la cama, sin poder rechazar el calor que dilata los cuerpos y también, según parece, las almas, me decía á mí mismo: «Hete ya, Miguel, metido en lo que más aborrecías ó creías aborrecer, en escritor profesional. Tú quisiste ser un hombre que escribe y no un escritor, pero, á pesar de tus esfuerzos todos, el hombre empieza á desvanecerse debajo del escritor. Pero aún te queda hombre. Y la prueba de ello es que no pasas por entre la indiferencia de tus lectores. Estos ó te cobran adhesión y afecto ó te cobran repulsión. Tú, gracias á Dios, molestas; molestas como un hombre, no como un escritor.»

Pero luego pensaba que esta es otra forma de la vanidad de vanidades. ¡Vanidad de vanidades! Bien; ¿y no es la mayor de las vanidades la de querer huir á esa vanidad de vanidad en que fuimos concebidos, nacimos y moriremos por fin? Hay que aceptarlo.

Y daba vueltas en la cama porque se me iba el tiempo sin cosa de provecho. Y pensaba deber aprovechar esta flojedad de espíritu, este desatamiento de los lazos del alma, esta situa-

ción de desagregación anímica para escribir alguna fantasía lírica. ¡Imposible! Las explosiones líricas sólo me brotan cuando tengo el alma condensada. No sirvo para el cadeidoscopio.

¡Y es lástima! Es decir, es lástima en cuanto hace al número de lectores que con eso me ganaría. ¡Es tan grato para tanta gente el dejarse adormecer á un ritmo de hamaca por una sarta de imágenes sin más cuerda que la de la rimal. Esa poesía sin huesos, mucilaginososa é inarticulada hace las delicias de los espíritus de espumas. Porque á estos espíritus, arrastrarlos al fondo de las aguas, es matarlos.

Y, sin embargo, si tuviese yo que vivir en un país tropical, donde fuese pan nuestro de cada día este calor aquí excepcional, acabaría por escribir rimas mucilaginosas é inarticuladas mientras me dejaba mecer en una hamaca. ¿Y serían por eso menos mías?

Y el calor seguía asediándome el alma y metiéndome en él pensamientos tentadores. Parecía decirme: «¿Por qué has de ser tan intransigente, Miguel?» Yo protestaba con toda mi alma, pero aquel yo de debajo de ella, aquel yo misterioso que he descubierto al ir dando forma á estas divagaciones, parecía decirme: «Sí, eres intransigente, y lo eres tanto más cuanto más comprensivo quieres aparecer.»

¡Qué sé yo... qué sé yo!... El estío le pone

á uno en el terrible trance de dar la razón á todos. Lo cual equivale á no dársela á ninguno.

Dar, quitar razón, ¿qué es esto? ¿quién fué el que dijo aquello de

«quien al hombre del hombre hizo juez?»

Fué uno de esos que llamamos poetas, á juzgar porque la frase es un decasílabo agudo. ¡Ah, sí!, me parece que fué Espronceda. Pero no Espronceda, sino Cristo fué el que dejó dicho—fijaos bien en la diferencia que hay entre decir y dejar dicha una cosa—aquello de no juzguéis sino queréis ser juzgados, porque con la medida misma con que juzgáreis se os juzgará.

¿Por qué, en ratos de humor, se me ocurrió alguna vez, aunque muy pocas, dedicarme á lo que menos de dentro me sale, á la crítica? No han sido muchas veces, y aquí en España casi ninguna, pero ello no me ha librado de que haya quienes maliciosamente me llamen crítico. ¡Crítico yo!

«¡Se necesita un crítico!» exclamaba una vez un joven que había escrito dos ó tres libros de los que nadie decía nada y que apenas se vendían. No, lo que menos falta hace son críticos. ¿Para qué?

Hay que hacer poco caso á los jóvenes. Casi todos hemos sido terribles cuando jóvenes. Es decir, dicen que yo no he sido nunca joven. Y

si esto fuese verdad, sería un gran consuelo, pues querría decir que no he de ser nunca viejo.

Y sobre todo los profesionales de la juventud, los que hacen profesión de ser jóvenes. Algo dice sobre esto Carducci. Y, además de que siempre me es grato citar á éste, uno de mis autores favoritos, otra cita contribuirá á que se me tenga por hombre de libros que así que sale á la calle tropieza con un guardacantón y no distingue en el campo el trigo de la cebada. (Si supieran, sin embargo, esos señores. . .) Voy, pues, á buscar mi Carducci. Aquí está, en «Crítica y arte». Y dice:

«Y después la enfermedad del siglo, de este siglo grande pero pedante: la enfermedad, digo, de echárselas de maestro, de tener que enseñar algo y todo á todos y á cada uno, por la cual trescientos millones de europeos habrán de reducirse por momentos á darse lecciones el uno al otro, dispuestos en sus bancos, el uno cara al otro, por montes y llanuras; esta enfermedad ha traído horribles estragos al jovencito y se le sale del corazón á la cara y á la cabeza. ¡Mozo de provecho!, tiene veinte años y os dan ganas de cojerlo por el gaznate y echarle cara arriba y ver si tiene más dientes en la boca y si bajo el labio imberbe le asoma, aguda y linda, la muela del juicio. Y por eso acaso él en toda coyuntura alega su cualidad de joven, y en

sus jornadas literarias procede al descubrimiento hoy de un novelista joven, mañana de un dramaturgo joven, pasado de un poeta joven. Y después todos de acuerdo se besuquean unos á otros por los apéndices, con dedicatorias en las revistas, y desnudan á la vista del público su pubertad, cantando á coro: nosotros somos los jóvenes, los jóvenes, los jóvenes.»

¡Muy bien! Cuántas veces no he oído en castellano esto mismo de «noi siamo i giovini, i giovini, i giovini».

«Lo cual no quiere decir — prosigue Carducci — que el crítico jovenzuelo no corteje á los que escriben desde hace años. Os manda, por ejemplo, un apéndice suyo de un diario teatral, con una marca en lápiz verde ó rojo en la línea donde os ha hecho el honor de nombraros. No le respondéis, ó por mejor decir, yo no le respondo.»

Sí, Carducci, el oso Carducci, no les respondía, pero yo les respondo, aunque sólo sea para acusarles recibo de su envío. Y es que yo no soy por desgracia mía, un ogro, aunque alguna vez me haya puesto la máscara de tal.

¡Los jóvenes, los jóvenes, los jóvenes! Esta plaga de los jóvenes profesionales debe ser mayor, me figuro, en las tierras calientes de frutas muy azucaradas y de precocidad en la especie humana.

Prefiero las frutas de las tierras viejas y cansadas y de las no muy húmedas. Es terrible la excesiva humedad. Me gustan las cosas calientes y secas, aunque ni tan calientes ni tan secas como estos días lo son.

Pero vamos á ver, ¿por qué habrá tantas gentes que confunden lo seco con lo frío? Hace poco un excelente escritor mejicano, en un escrito que me ha dedicado haciéndome el honor de considerarme como un representante de mi raza vasca—especie de que protestarán no pocos de mis paisanos de hoy—dice que soy frío. Y francamente creo no ser frío, ni creo que mi pueblo lo es. Seré seco, lo cual es otra cosa muy distinta.

Los antiguos eran encantadores. ¡Cuánto más sencillo que todo ese tinglado de los cuerpos simples de la química moderna, aquello de fuego, aire, agua y tierra sobre que diserta con tanto ingenio Platón en su «Timeo»!

Y lo de frío, calor, humedad y sequedad es otro encanto. Con estos cuatro términos se hacen combinaciones: calor seco, calor húmedo, frío seco y frío húmedo.

Fíjense ustedes en la poesía: es decir, en lo que llamamos así. Casi toda la que ahora se lleva y gasta es húmeda, muy húmeda, pero fría. Tiene la flexibilidad y la fluidez de los humores, pero es fría. Y en cuanto los autores de esos desa-

gües poéticos (ó lo que fuesen) tropiezan con algo seco, sólido, compacto, lo declaran frío. Y sin embargo, puede muy bien suceder que tenga todo el calor que á sus humores les falta.

Y dando vueltas en la cama, bajo un calor seco penosamente soportable me iba haciendo todas esas reflexiones agresivas.

¿Y por qué han de ser agresivas, como por lo común me resultan mis reflexiones? ¿Por qué no he de tener algo de eso que llaman una amable ironía? Si, es verdad, aquello de que el comprenderlo todo es perdonarlo todo, los que no perdonamos ciertas cosas es, sin duda, porque no las comprendemos. ¿Y esto de no poder comprender cosas, es un defecto ó una ventaja? ¿No podría muy bien suceder que sólo se llega á comprender unas cosas á costa de no comprender otras, y que quien parece comprenderlo todo, en rigor es porque no comprende nada? He tenido siempre una cierta repugnancia natural hacia los espíritus muy comprensivos, y una aun mayor hacia los espíritus irónicos. Son húmedos y fríos. Se cuelan por todas partes, como el agua. Y á la gente le gusta más bañarse en un río que escalar una montaña seca y caliente.

Si estuviera en mi tierra con este calor subiría á lo alto de una montaña, con medio palmo de lengua fuera de la boca, desabrochado el pecho, latiéndome las sienas, á punto de reventar, pero

una vez arriba me desnudaría al sol— como más de una vez he hecho— y así me secaría del baño de sudor. Y desde allí, desde el alto del monte, vería el mar á lo lejos.

¡El mar! Dentro de cuatro días estaré junto á él; pero no en mi tierra, en mi brava costa cantábrica, sino en tierra de Portugal. Desde allí os diré algo de lo que me sugiera ese mar que es también un hecho y un misterio, como la montaña. Pero debo advertiros que soy más montañés que marino.

El mar me da sueño, como la música. El mar me anega y diluye la voluntad, me disgrega el alma. El mar me resulta frío y húmedo. (Esto de que el mar sea húmedo, es, como véis, un rasgo de cierta recóndita ingeniosidad). Ni lord Byron ha logrado congraciarme con él. Contemplar el juego de las olas es como contemplar las espirales del humo del cigarro. Digo, me parece porque nunca he fumado. ¿Qué nos dice el mar? Lo que queremos que nos diga. Es como la música. Y yo quiero que las cosas— los hechos y los misterios— me digan no lo que yo quiero, sino lo que quieren ellas, y que me obliguen á resistirlas. Y he aquí porque no leo los escritores que supongo han de decirme lo mismo que yo pienso.

Pero esto no les pasa á los más de los hombres. La generalidad quiere leer el eco de sus

propias ideas, la repetición de lo que ya sabe. Sólo exige que le cambien la expresión, y por eso dan tanta importancia á esa quisicosa superficial que llaman estilo y que no lo es. De otro modo no se explica uno que los aficionados á las corridas de toros al salir de una de ellas compren los periódicos que traen la reseña.

Y esas gentes que sólo buscan el eco de sus propios pensamientos, cuando se encuentran con algo que no han pensado, exclaman desdeñosamente: «¡Paradoja!»

No, no son estos días secos y ardientes, no son estos días de fuego de mediados de Julio los más á propósito para ellas. El calor me ha rendido, me siento indulgente, desilusionado, y si fuese capaz de ironía, me sentiría amablemente irónico. Pero ya han convenido mis críticos— y ¡con qué petulancia digo esto de «mis críticos!»— en que hay dos cosas que me son inasequibles: la ironía y la elegancia. Las cuales dos presumo que no son sino una sola.

Qué tal estaría el que desarrollase este tema: la elegancia no es más que la ironía. ¡A cuántos desarrollos paradójicos no se presta! Pero ahora no puede ser; el calor me lo impide. En esta situación de ánimo no me sería posible desarrollar tesis alguna.

Y después de dar mil vueltas en la cama, hos-

*El 9 de mayo se copiará en este tomo el  
de un momento para un momento*

tigado por el calor de julio, y después de haber divagado por las nubes—ya que en este estivo cielo de acero no las haya—acaba uno, en un acto de vigorosa reconquista vital, por recoger su yo exclamando: «¡Imbéciles!»



## DESÀHOGO LÍRICO

**A**quí estoy, lector, otra vez sobre las blancas cuartillas, buscando asunto. Es una verdadera esclavitud esto de tener que comunicarse de tiempo en tiempo con el público; ¿qué remedio? Lo mejor, claro está, es escribir uno cuando se le antoje, como se le antoje y sobre lo que se le antoje y entérese bien quien quiera enterarse. Es mejor hacer con los escritos un amigo, un verdadero amigo, que no cien meros lectores.

Y aquí estoy, digo, diciéndome: ¿de qué voy á hablarles á mis lectores en mi correspondencia de esta quincena? Tenía varios temas preparados, pero... Aquí está, á mi mano, el libro de «Grecia», de Gómez Carrillo, que acabo de leer y entre cuyas páginas guardo un cumplido papel lleno de notas; pero el libro merece algo más que una rápida revista, es mucho lo que me sugiere, me ha removido mis profesionales lecturas de los clásicos griegos y no quiero

hablar de él ni de prisa ni de pasada. Tengo, pues, que dejarlo para cuando goce de más sosiego.

El caso es que muchas gentes me creen, según manifiestan, un hombre metido en su biblioteca, enterrado entre libros, apartado de las gentes, falto de eso que llaman sentido de la realidad. Lo primero, lo de que me pase el día devorando libros, es una pura fábula. Viajo más de lo que quisiera y trato también con más gentes que quisiera tratar. Respecto á lo del sentido de la realidad... Vamos á verlo.

Eso que las gentes de mundo — y esto de gentes de mundo tiene en mi boca y en mi pluma una significación bastante despectiva — eso que las gentes de mundo llaman sentido de la realidad me parece que no es más que sentido de la aparentialidad. Dicen que tiene sentido de la realidad aquel que se queda en la consideración de la sobrehoz pasajera de las cosas y no penetra en su íntima sustancia permanente.

A esas gentes que dicen tener sentido de la realidad no les interesa más que la noticia, lo que se llama la información. Y yo — he de decirlo, con toda franqueza — detesto la información. Nada encuentro en los diarios todos más insustancial que la sección telegráfica. Eso de querer tener noticias, de ordinario sin trascendencia alguna, lo antes posible, me parece una puerilidad.

Lo importante, he creído siempre, es saber bien las cosas, no saberlas pronto.

Pero las corrientes van por otro lado. Para uno que lea un libro con el fin de saber, gozar y aprovechar lo que diga, hay veinte que no lo leen más que para decir que lo han leído y poder salir con lucimiento haciendo citas de él. Y lo mismo sucede con los que van á oír á un orador ó conferencista famoso.

Suponte, lector, que un día caigo yo por esa tu tierra y me disponga á hablar en público. Creo que tendré alguno, sin duda, ¿pero te figuras que á los más de los que vayan á oírme les importa ni lo más mínimo lo que les vaya á decir? No, lo que les importa es decir que me han oído. Y ni les importo yo! Hasta es fácil que se fijen más que en otra cosa en cómo voy vestido, en si parezco joven ó viejo, en si acciono de este ó del otro modo ó pronuncio más ó menos claro. Van al espectáculo. Y qué necesidad — así como suena, necesidad — qué necesidad tan triste es verse hecho espectáculo para las gentes!

Y cuidado, mucho cuidado con instruirles el alma, porque el común de las gentes cuando ven un alma al desnudo se dicen: «¿qué es eso?» ó gritan «¡impúdico!» ó «¡loco!» ó motejan las cosas que salen del alma de paradojas.

Es, en efecto, cosa terrible tener que escribir cuando se siente uno dominado por una potencia

lirica, cuando la intimidad le rebosa, cuando no son noticias ni ideas ó frases repetibles lo que se quiere decir, sino íntimas preocupaciones personales, de esas que por ser de cada uno lo son de todos.

No sé, pacientes lectores, cómo no os canso. De seguro que á través de los mil asuntos con que me esfuerzo por diversificar mis pensamientos, tiene que pareceros monótona mi labor. Monótona y con un cierto saborcillo á sermón, ¿no es así?

Si supiera yo contaros mil vagas amenidades, daros noticias de hombres ó de cosas á la moda, detalles del último suceso, algo, en fin, de que podáis luego hablar en el Casino... Pero todo eso me encocora, y cuando salgo de mí mismo y me voy por tierras y ciudades en busca de motivos, es de motivos que me sirvan para el sermón de siempre. Informar, eso que llaman informar, es cosa que se me resiste.

Si yo supiera y pudiera ir ahora á los Balcanes, pongo por caso, y deciros como anda lo de Servia y trasmitiros una «interview» — ¡qué cosa más odiosa son las tales «interview»! — con un Fulanowich cualquiera de aquellos... Pero no, cuando salgo ó me voy á mi tierra ó este hermoso y triste Portugal — hermosamente triste y tristemente hermoso — que á casi ninguno de vosotros le interesará. Porque Portugal no está en moda.

A lo mejor se me presenta un viajero que quiere conocerme y este viajero es v. gr. argentino y quiere hablarme de esa tierra y darme noticias de ella. Y una de dos, ó el hombre me interesa ó no me interesa nada. Si no me interesa nada el viajero tampoco me interesa lo que pueda contarme, y si el hombre me interesa es él, él mismo, y no cuanto pueda decirme lo que de veras me interesa. Se empeña en informarme de una porción de cosas pertinentes á su país, de su política, de su literatura, de su desarrollo económico, de su cultura, y yo me empeño en llegarle al alma, en saber si se resigna de buen grado á la vida, en averiguar qué hombre es — «hombre», entiéndase bien — en sentir las palpitaciones de su alma. Me importa mucho más si cree ó no en la inmortalidad del alma que todo cuanto pueda contarme. Y uno á quien le vais con tales cosas se os queda mirando sorprendido y acaso en su interior se dice: este hombre no está bueno.

Hay, ó por lo menos debe haber en cada uno de nosotros dos hombres, el temporal y el eterno, el que se preocupa con los cuidados del día y el que se preocupa con las preocupaciones de siempre, el que se dice «qué comeré ó cómo me divertiré mañana?» y el que se dice: «¿qué será de nosotros después de la muerte?» Hay casos en que el sujeto interior arrastra y sojuzga al exterior y entonces el hombre ó se retira á un

claustró vive en una mal encubierta desesperación resignada, en incesante lucha con el misterio, y hay casos en que el hombre exterior y temporal arrastra y ahoga al interior y eterno y entonces tenemos el hombre de mundo, el que se jacta de práctico y de poseer sentido de la realidad. Y este hombre práctico no me interesa nada.

Cuando me encuentro en una ciudad moderna, de esas que llaman progresivas por su policía é higiene, de esas bien macadamizadas, con presuntuosos edificios, con tranvías eléctricos, con lujosos coches en que se pasean damas bien emperifolladas, con parques bien recortados, con casinos confortables, con teatros, con todo el aparato, en fin, de una de las tales ciudades, cuando me encuentro en ella me envuelve, ciñe y aprieta al punto un sentimiento de profunda, de profundísima soledad. Los hombres me parecen sombras sin interior. Y me echo, como Diógenes, á buscar un hombre, un verdadero hombre, un luchador con el destino y el misterio, un hombre de alma religiosa, en fin, que confiese á Dios ó que le niegue, pero que le confiese ó le niegue apasionadamente, con el corazón, y no en virtud de una fórmula filosófica que entra en los elementos de lo que un hombre bien educado debe saber.

Me echo á buscar el hombre... y rara, rarísi-

ma vez lo encuentro. Me dicen: «á quien usted debe conocer es á López; es persona muy ilustrada y muy culta.» Y, aunque con ninguna ilusión, voy á conocer á López, por no desairar al que me lo recomienda. Y, en efecto, López ha leído mucho y conoce los nombres de los más mentados publicistas y escritores, y diserta sobre Comte y Spencer y Schopenhauer y Nietzsche, y ha leído novelistas franceses y se sabe de memoria varios famosos pasajes de poetas, y tiene su tintura de historia, y de sociología, y de psicología, y de ciencias naturales, y López... no es el hombre que busco. López ha leído más bien que á los grandes autores clásicos, más bien que á los genios sustanciales, á los que miraron ojos á ojos á la Esfinge, á sus expositores y comentaristas; López conoce á los grandes genios, á los espíritus miliars, á través de manuales de historia de la filosofía ó de la literatura. Una vez, más bien que ni siquiera por curiosidad, para poder decir que lo había leído, tomó en sus manos el libro de Job, ó San Agustín, ó al Kempis, ó á Pascal, pero su corazón no se conmovió con aquello, si es que no se dijo para sí mismo: «¡bah! ¡historias!» ó como se diría por ahí: «¡macanas!» Y, es claro, López ni me interesa ni me parece hombre siquiera; no es más que socio del casino ó diputado ó figura brillante de la buena sociedad. Su ilustración es de la misma categoría

que la menguada habilidad de tocar el piano que tiene su señora. López sabe presentarse bien.

Pero afortunadamente y gracias á Dios no vivo en ninguna de esas ciudades, todas iguales y casi todas imitadoras de París; no vivo en ninguna de esas ciudades cuyo resorte de vida colectiva es la vanidad de presentarse bien al forastero y de deslumbrarlo; sino que vivo en una vieja ciudad, cuya vejez es juventud perpetua, entre doradas piedras que rezuman recuerdos. Y aún así, en cuanto puedo me escapo y me voy al campo á conversar con algún viejo pastor que á solas largas horas bajo el desnudo cielo haya meditado en la meditación eterna. Y este hombre que no lee periódicos, ni sabe hacia dónde cae la Servia, ni quien es Dreyfus ó Anatolio France, ni el Kaiser, ni ha visto el retrato de la última «demi-mondaine» á la moda, ni conoce la última teoría sociológica ó el último corte de levita, este hombre me dice las viejas palabras de la sabiduría del Eclesiastés. Y como él no ha leído el Eclesiastés, sino que ha sacado esa sabiduría de la fuente misma, las viejas palabras me saben á cosa nueva, eternamente nueva.

Muchas, muchas veces he deseado en lo íntimo de mi corazón haber vivido en una de aquellas épocas de fe ardorosa, en el seno de un pueblo agitado por una pasión infinita, ó entre los cruzados, ó entre los albigenses, ó en las fi-

— las de los motilones de Cromwell, ó entre los hugonotes de Coligny, ó en el fondo del monasterio en que Enrique Suso cumplía sus tremendas mortificaciones. Pero ¡por Dios! ¿quién que sea hombre, verdadero hombre, resiste uno de esos banquetes que le dan sus amigos al ilustre López con motivo de habersele conferido el cargo de gobernador y en que se pronuncian dos, tres, cuatro, diez brindis, llenos de los mismos insustanciales lugares comunes al sonar el odioso, el odiosísimo estampido del descorche del ramplonísimo champaña? A mí, cuando las inevitables exigencias de la esclavitud social me fuerzan á asistir á uno de estos homenajes, me dan ganas de levantarme y decir: «¡Hermanos, pensemos en la muerte!» y arrancarme con un sermón. No lo hago, es claro, pero no por miedo al ridículo, no, sino por saber que nada conseguiría.

Y ahora comprenderás, amigo— me dirijo á cada uno de aquellos de mis lectores que se me hayan hecho ya amigos, no á los que me lean para hablar de mí ó para matar el tiempo ó para distraerse— y ahora comprenderás, lector amigo, en qué aprieto me veo cada vez que tengo que brindar en el festín de la vida, cada vez que tengo que dirigirme á hombres de mundo. Y ahora comprenderás cómo y por qué irrumpen entre mis palabras ó de entre los renglones de mis

escritos, acentos de amargura ó de acritud, desdenes y censuras. Ya sé que en general no soy simpático, y no me pesa de ello. Hay mucha gente á la que resulto cargante. Así debe ser.

Si yo fuera otro proveería á mis lectores de noticias curiosas con que pudieran lucirse en los salones, escribiría reflexiones que habiéndosele ocurrido antes al honrado almacenero que me lee sirvieran para acrecentarle la noción que de su propio buen sentido tiene, cuidaría la parte más externa de mis escritos, combinando sus palabras y frases de modo que le halaguen el mal educado oído, y destruyendo así el estilo —pues los escritores de prosa repulida carecen de estilo— si yo fuera otro... Pero es que si yo fuese otro, no sería yo.

Y basta, basta de desahogo. No temáis, sé que soy esclavo, sé que somos todos esclavos... volveré á mi camino, volveré á los temas «ob-  
jectivos;» pero... Pero, por Dios, ¿no me será permitido alguna vez sacar de lo más hondo del pecho un suspiro, á la vez que de resignación, de rebeldía? ¿No me será permitido decir alguna vez que todo eso que llamáis civilización no me parecería nada sino fuese el envoltorio de la cultura, y que quiénes con sólo el envoltorio se quedan son salvajes embozados en manto regio, y que me deja frío el esplendor de nuestras metrópolis?

Y ahora me voy á leer á Kierkegaard— quiero leerlo antes de que se ponga en moda entre nosotros—á aquel sublime solitario de Copenhague, á aquel maestro de la desesperación resignada, á aquel luchador con el misterio. Y no me importa saber cuál es el último tomo que ha publicado Alcán en su filosofía.

\* \* \*

N. B.—Debo advertir á los que me escriben preguntándome qué deben leer sobre esta ó la otra materia, ó cuáles son las últimas publicaciones sobre ella ó qué se ha hecho en España sobre sociología, que yo soy el menos á propósito para indicaciones bibliográficas. No estoy nunca «á la dernière». (Como esto se dice mejor en francés que en castellano, por eso lo digo así, á pesar de mi repugnancia á tales expresiones). Y puesto que hay quien me pide consejo á tal respeto, le daré uno, y es que lea á Platón y luego vuelva á dirigirme la pregunta.

